

## DISCURSO DE FERNANDA FALABELLA PRESIDENTA DE LA SOCIEDAD CHILENA DE ARQUEOLOGIA

Queridas amigas y amigos:

En nombre del Directorio de la Sociedad Chilena de Arqueología quiero darles una muy cordial bienvenida a Punta de Tralca y a estas Jornadas de Reflexión que hemos organizado para celebrar nuestros 30 años de existencia.

El año 1963 marcó un hito importante en la arqueología chilena. A propuesta de Lautaro Núñez y Hans Niemeyer, los investigadores reunidos en San Pedro de Atacama, en ocasión del 2º Congreso Internacional de Arqueología, se conciertan para fundar una corporación científica destinada a organizar a los arqueólogos chilenos, propender al incremento de las investigaciones, cautelar que éstas se efectúen en un marco de rigor científico, defender el patrimonio arqueológico y divulgar el conocimiento de la realidad arqueológica nacional.

A través de los años hemos sido testigos de la puesta en marcha y de la difícil materialización de estas tareas.

Primero fue la institucionalidad y el reconocimiento legal. En marzo de 1964 se constituye la Sociedad en Asamblea del III Congreso en Viña del Mar. Más de cuatro años demoró la definición de estatutos y la obtención de personalidad jurídica. Esto ocurría recién el 20 de octubre de 1967.

Desde un principio se inician actividades de gran trascendencia. En el plano de la defensa del patrimonio, ya en el año 1964 --los entonces directores Sres. Hans Niemeyer, Mario Orellana y Virgilio Schiappacasse-- inician gestiones encaminadas a tener participación en las decisiones de organismos nacionales. En 1970 éstas dan fruto al ser nombrado un representante oficial nuestro ante el Honorable Consejo de Monumentos Nacionales, cargo que ocupara Hans Niemeyer hasta 1982 y luego Carlos Aldunate. Desde ese estratégico sitio la Sociedad Chilena de Arqueología participa en la compleja tarea de resguardo y defensa de los bienes patrimoniales. La aprobación del Reglamento sobre excavaciones y prospecciones arqueológicas preparado por nuestros asociados, y que complementa la Ley de Monumentos Nacionales N° 17.288 --como documento oficial del Consejo-- es un claro ejemplo de la relevancia de haber conseguido ese espacio institucional.

La actividad científica ha sido, sin duda, la tarea prioritaria. Se han organizado y apoyado numerosas jornadas, simposios y talleres. Sin embargo, el esfuerzo principal se ha volcado hacia la organización de los Congresos Nacionales de Arqueología Chilena, que son responsabilidad de la Sociedad. Ellos congregan a los investigadores nacionales de norte a sur del país y a colegas extranjeros, constituyéndose en instancias de intercambio de ideas y estímulo al desarrollo de la disciplina. La regularidad en la convocatoria y la constante y sistemática publicación de las Actas --que debemos al incansable editor Hans Niemeyer-- nos valen una reputación muy especial en países vecinos.

Debemos destacar que estos congresos no podrían haberse efectuado sin la colaboración de muchas instituciones. La Sociedad Francisco Fonck, en el III Congreso en Viña del Mar; la Universidad de Concepción para el IV Congreso en esa ciudad; el V se realizó en el Museo de La Serena; el VI en Santiago lo debemos a la Universidad de Chile; el VII fue en Altos de Vilches gracias a la Sociedad de Arqueología del Maule; el VIII en Valdivia a través de la Universidad Austral; el IX nuevamente en La Serena; la Universidad de Tarapacá se hizo cargo del X en Arica; la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos colaboró con el XI en Santiago a través del Museo Nacional de Historia Natural; y el XII en Temuco con el Museo Regional de la Araucanía. Y agradecemos desde ya el esfuerzo de la Universidad de Antofagasta que se hará cargo del próximo Congreso en esa ciudad.

Todos han cooperado ofreciendo un alero a las actividades académicas y han realizado generosos aportes a la publicación de las Actas. Toda esta creciente actividad científica, que se ve reflejada en los congresos y que ha coordinado la Sociedad, ha sido posible gracias al desarrollo y consolidación de otros espacios institucionales. La formación universitaria, por ejemplo, la investigación en universidades, museos e institutos, y el valioso aporte de CONICYT.

Unos de los campos de más difícil acción ha sido la divulgación del conocimiento que generan las investigaciones y la inserción de nuestra actividad en un espacio social. Las actas de los congresos y las revistas especializadas cumplen

con la comunicación entre arqueólogos. Pero no llegan al público general. De ahí que es tan importante destacar la labor de quienes destinan tiempo a estas actividades. Como también el gran esfuerzo editorial realizado por algunos miembros de la Sociedad --Jorge Hidalgo, Virgilio Schiappacasse, Hans Niemeyer, Carlos Aldunate e Iván Solimano-- para publicar el libro de *Culturas de Chile: Prehistoria*, cuyo primer volumen ya va en la 2ª edición, copatrocinado por la Universidad de Tarapacá, escrito por varios asociados y que señala un camino que debemos continuar.

Creo que es importante resaltar el esfuerzo de las personas, porque la Sociedad Chilena de Arqueología cuenta con un solo recurso, y éste es su gente. No tiene financiamiento más allá de la cuota social. Ni siquiera tiene techo propio. Los archivos se guardan en el Museo Nacional de Historia Natural que es donde se canaliza también la correspondencia y donde nos ceden un lugar para las reuniones, así como lo hace con mucha generosidad el Museo Chileno de Arte Precolombino.

La Sociedad Chilena de Arqueología se ha beneficiado de la incorporación de prestigiados profesionales. Nuestra visión interdisciplinaria del trabajo científico, ha abierto la membrecía no sólo a arqueólogos, sino a distinguidos etnohistoriadores, bioantropólogos, antropólogos sociales y geólogos. Muchos cooperan en forma permanente simplemente contestando las circulares, enviando opiniones y sugiriendo ideas. Otros sacrifican valioso tiempo participando en tareas específicas. Como lo están haciendo últimamente Sivy Quevedo, encargada del archivo fotográfico; Rubén Stehberg de los Premios Nacionales; Francisco Mena, Branko Marinov, Andrea Seelenfreund y Consuelo Valdés de la Comisión de Educación. A todos ellos agradecemos su dedicación, así como a José Berenguer y Luis Cornejo por la edición del *Boletín*.

En estos 30 años de historia hemos incorporado 105 miembros. Constituimos --pienso-- un grupo de colegas, pero fundamentalmente de amigos donde la comunión de intereses y el respeto mutuo van formando lazos fuertes de unión que trascienden lo profesional, constituyéndose --a mi entender-- en lo que es el sentido más profundo de nuestra filiación institucional. Formar parte de la gran familia de la Arqueología Chilena.

Como no recordar entonces, en estos momentos, a quienes ya no están con nosotros: don Jorge Iribarren, el Padre Gustavo Le Paige, Ciro Vergara. Nuestros maestros la Dra. Grete Mostny, el inolvidable don Alberto Medina y quien falleciera hace sólo un mes, don Carlos Munizaga. Como olvidar también el impacto de la pérdida de nuestra querida amiga Julia Monleón.\*

Son las personas quienes hacen a la Sociedad.

Por ello resulta imposible estar hablando de nuestra Institución sin agradecer a dos personas que han sido el alma y el motor de esta Sociedad. Miembros del Directorio desde su fundación y a lo largo de casi toda su historia, han sido los gestores de las líneas directrices de la Corporación; conductores y criteriosos consejeros. Todo lo que se ha realizado lleva la impronta de su gestión. Han hecho de la Sociedad Chilena de Arqueología lo que ésta es hoy. Una Institución viva, activa, permanente y eficaz. Agradecemos a don Hans Niemeyer y al Dr. Virgilio Schiappacasse, ya que honestamente creo que sin ellos hoy no estaríamos aquí.

Muchas gracias.

---

\* N. del E.: Desde que este discurso fue pronunciado hemos tenido que lamentar la pérdida de otros dos miembros de la Sociedad: nuestros colegas y amigos Juan Varela B. y Percy Dauelsberg H.